

El análisis del discurso y el problema del sujeto de la enunciación.

[Borrador]

Ana Soledad Montero

Universidad de Buenos Aires - Conicet (Argentina)

solmontero@hotmail.com

Resumen

El objetivo de esta presentación es, en primer lugar, hacer un breve repaso por las distintas concepciones de subjetividad propuestas por algunas teorías incluidas en la llamada “corriente francesa de análisis del discurso”, desde las elaboraciones fundantes de Michel Pêcheux en los años ’70, hasta las versiones más contemporáneas que integran las teorías de la enunciación, la pragmática, la retórica y la semántica. Ese rastreo conceptual nos permitirá, en una segunda instancia, someter a discusión el problema teórico, metodológico y epistemológico que atraviesa, en mayor o menor grado, a estas teorías: el problema del estatus del sujeto de la enunciación en tanto figura discursiva, y su vínculo con la categoría de “sujeto hablante” y con las condiciones de producción del discurso.

Ana Soledad Montero es socióloga y Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad e Investigadora asistente en el Conicet, investiga temáticas vinculadas al análisis del discurso político, la teoría política y la memoria reciente.

Introducción

Para empezar, veamos los siguientes enunciados:

- (1) “El que depositó pesos, recibirá pesos. El que depositó dólares, recibirá dólares” (E. Duhalde, 2002)
- (2) “A comienzos de los ‘80, se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las Fuerzas Armadas al poder político. La medida del éxito de aquella etapa histórica, no exigía ir más allá de la preservación del Estado de derecho, la continuidad de las autoridades elegidas por el pueblo. Así se destacaba como avance significativo y prueba de mayor eficacia la simple alternancia de distintos partidos en el poder” (N. Kirchner, discurso de asunción, 25 de mayo de 2003).
- (3) “Patria si, colonia no” (Revista La Cámpora n° 10, abril 2014, nota de tapa dedicada al tema de las Islas Malvinas).
- (4) “Ustedes saben que yo he propuesto y estamos redactando la propuesta para la reelección indefinida del presidente de la República. [Aplausos]. Es una propuesta, ya el pueblo verá. [Aplausos]. Ya aquí, señores embajadores, porque ya me están acusando: ‘El tirano Chávez. Fidel le dio la orden’”. (Hugo Chávez, discurso de asunción, 10 de enero de 2007)
- (5) “La democracia no se establece solamente a través del sufragio ni vive solamente en los partidos políticos. La democracia necesitará que el conjunto de la sociedad exprese aún las temáticas específicas desde el compromiso representativo y republicano”. (Alfonsín, discurso de asunción, 10 de diciembre de 1983).
- (6) “Con errores y aciertos, con una acción constante que seguramente será perfectible, enfrentando todos los vientos, vamos ladrillo a ladrillo, paso a paso, construyendo cada día la Argentina con la que una vez soñamos”. (N.Kirchner, discurso de apertura de las 123° sesiones del Congreso, 1 de marzo de 2005).

¿Quién habla en estos enunciados? ¿A quién refieren las marcas de la primera persona? ¿Qué sucede en los casos en que el enunciado carece de esas marcas, y se presenta como un discurso aparentemente desagentivado? ¿Cuál es el estatus de la subjetividad que está en el origen de esos enunciados: es el sujeto empírico productor efectivo del discurso, su organizador, aquel al que aluden los puntos de vista allí representados, el que efectúa los actos de habla que allí se realizan?

Categoría difícil de definir, y con distintas acepciones según la tradición teórica en cuestión, la noción de sujeto de la enunciación constituye un punto nodal clave en la problemática instaurada por los estudios del discurso: ¿cómo definir la materia propiamente “discursiva”; cómo evaluar sus alcances y efectos sobre lo real; cómo, finalmente, sopesar su especificidad con respecto a otras instancias significantes?

Como es sabido, luego de la intervención decisiva de Saussure en el campo de las ciencias humanas, se producirá, a lo largo del siglo XX, un proceso de crítica a lo que E. Guimarães llama las “exclusiones de Saussure”: el sujeto, la historia y lo político-ideológico. Situados en ese campo de problemáticas, nuestro objetivo es, en primer lugar, hacer un breve repaso por las distintas concepciones de subjetividad propuestas por algunas teorías incluidas en la llamada “corriente francesa de análisis del discurso”, desde las elaboraciones fundantes de Michel Pêcheux en los años ’70, hasta las versiones más contemporáneas que integran las teorías de la enunciación, la pragmática, la retórica y la semántica. Ese rastreo conceptual nos permitirá, en una segunda instancia, someter a discusión el problema del estatus del sujeto de la enunciación en tanto figura discursiva, y su vínculo con la categoría de “sujeto hablante” y con las condiciones de producción del discurso –un problema teórico, metodológico y epistemológico que atraviesa, en mayor o menor grado, a estas teorías.

El sujeto intencionado

Desde tradiciones paralelas y divergentes, la lingüística del siglo XX abordó el problema del sentido por fuera del corset de la “estructura” lingüística, desafiando las pretensiones sistémicas de Saussure: por un lado, la tradición anglosajona, heredera de la filosofía del lenguaje, ha pensado la significación en función de sus efectos intersubjetivos: desde esta perspectiva pragmática, inaugurada por las contribuciones pioneras de J.L. Austin y de su heredero, Searle, el significado de los enunciados no se define como la representación de un estado de cosas susceptible de evaluarse en términos de verdad o falsedad, sino que reside en lo que ellos hacen: los actos de habla son, entonces, enunciados capaces de instaurar una realidad, enunciados que, al enunciarse, “hacen algo”, y allí reside precisamente su sentido: así, el sentido del enunciado (1), “el que depositó dólares recibirá dólares”, no reside en una realidad que ese enunciado describiría, sino en el acto que por su enunciación se realiza, la promesa de seguridad y estabilidad que allí se instaura.

Fuertemente crítica de las visiones representacionistas y verativistas del lenguaje que suponen que el lenguaje tiene como función primaria la de describir una realidad, esta perspectiva teórica presupone, en sus bases epistemológicas, que el sujeto a cargo de los actos de habla es (i) un sujeto empírico, a cargo de las actividades psíquicas y fisiológicas, además de los actos de habla;

(ii) un sujeto intencionado, que orienta su enunciación en función de un propósito (prometer, pedir, bautizar, etc.). La noción de “intención” comunicativa (explícita o subyacente) es aquí central, por cuanto forma parte de las condiciones necesarias para la realización de los actos de habla. “En aquellos casos en que [...] el procedimiento requiere que quienes los usan tengan ciertos pensamientos o sentimientos, [...] entonces quien participa en él y recurre así al procedimiento debe tener en los hechos tales pensamientos o sentimientos, o los participantes deben estar animados por el propósito de conducirse de la manera adecuada”, dice Austin (2003: 56) al referirse a su teoría de los infortunios¹. Pero la noción de intención tiene claros límites: volviendo a (1) ¿quién queda comprometido en la promesa que allí se enuncia? ¿Para probar su eficacia, alcanza con referirla al sujeto empírico, a la figura histórica que la enuncia?

El sujeto de la enunciación

En el ámbito francés, serán los trabajos pioneros de Bally, luego retomados por Benveniste, los que se ocuparán de explorar la cuestión del sujeto en la enunciación. Es así como Charles Bally, discípulo de Saussure, distingue en todo enunciado un “dictum” (el aspecto objetivo de la significación) de un “modus”, el componente subjetivo que da cuenta de la actitud o reacción del sujeto frente a su decir². Aquí nos encontramos, entonces, con un *sujeto modal*, reactivo, que puede diferir del sujeto dictal (el sujeto representado) y también del propio locutor (más adelante retomaremos estas distinciones).

Benveniste, por su parte, retomará estas problemáticas en sus indagaciones acerca de la *enunciación*: en su clásico “De la subjectivité dans le langage” (1966) la enunciación es la “apropiación” del lenguaje por los hombres, y, recíprocamente, el medio de constitución de la subjetividad: “Es en y por el lenguaje que el hombre se constituye en sujeto; porque solo el lenguaje funda, en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de ‘ego’” (1966: 259). Dicha subjetividad es, en términos estrictos, la “capacidad del locutor de plantearse como ‘sujeto’”, determinado por el estatus lingüístico de la “persona”. Ser sujeto *es* decir “yo”, un yo que se enuncia siempre en relación a un “tu” (siendo el diálogo una condición constitutiva de la

¹ Recuérdese que según esta teoría, un acto de habla que viola la condición de sinceridad no queda anulado sino que se considera “hueco” o “no consumado”: se realiza, pero se trata de un “abuso” o un “acto pretendido”.

² Distinción que Ducrot (1984) encuentra replicada en Austin, al identificar un contenido proposicional sobre el cual se aplica una fuerza ilocucionaria (idea sistematizada en la fórmula F(p)).

persona); aquí la noción de subjetividad nada tiene que ver con las intenciones o los propósitos de un sujeto hablante real, sino que remite a una instancia exclusivamente discursiva.

La propuesta de Benveniste es pionera, en la medida en que define la enunciación como el acto de actualización del lenguaje por un locutor particular en circunstancias temporo-espaciales precisas –es decir, en una “instancia discursiva”: “el hablante se apropia del aparato formal de la lengua y enuncia su posición de hablante por medio de índices específicos”. Términos que no designan ni conceptos ni individuos, los deícticos, *embrayeurs* o *shifters* refieren al acto de discurso individual en que son pronunciados, y por lo tanto no reenvían más que a la realidad del discurso, bajo la dependencia del “yo” que allí se enuncia. Esta noción de deixis va a hacerse progresivamente extensiva a la totalidad del lenguaje, para afirmar que siempre, al hablar, nos apropiamos de la lengua y la actualizamos en la enunciación. Así, en la lectura “enunciativa” de los performativos propuesta por Benveniste, el “yo” que realiza un acto de habla se “compromete” por la misma enunciación (sin importar su intención o su propósito), y su decir tiene por lo tanto consecuencias sociales y jurídicas.

Por otra parte, esta perspectiva supone, como es sabido, dos planos de enunciación diferentes y complementarios, el plano de la historia y el del discurso: la enunciación histórica, impersonal, desagentivada; y el discurso, marcado subjetivamente, anclado en la enunciación y con el “yo” como protagonista. El caso de (2) podría ser un ejemplo ilustrativo de enunciación histórica, en la medida en que presenta un relato que se muestra como siendo hablado por un “se” colectivo y universal, asociado a la *doxa*, la historia o el sentido común.

A pesar de sus divergencias, puede decirse que, como señala Maingueneau, la teoría de la enunciación y la pragmática coinciden en que ambos se oponen a la acepción del lenguaje como mero soporte de información y lo conciben, en cambio, como un terreno en el que se construyen y modifican “las relaciones entre los hombres, sus enunciados y sus referentes” (1987: 14).

Ahora bien: si esta perspectiva, claramente superadora de la anterior por cuanto nos permite pensar el rol del sujeto como una instancia discursiva, ¿qué decir de las marcas (“no iban más allá de”, “simple”) que en (2) señalan la presencia –oculta, agazapada- de un punto de vista que excede el relato histórico? ¿Qué sucede, por tomar otro caso, con aquellos discursos cuyo sentido surge del reenvío a discursos pretéritos, al interdiscurso o la memoria discursiva, como (3)?

El sujeto histórico

En concurrencia con el auge del materialismo histórico (en su vertiente althusseriana) y del lacanismo, se configura en Francia un nuevo campo disciplinar que buscará dar respuesta a las problemáticas que la lingüística parecía obliterar: para ello se hacía necesario un “cambio de terreno” (Pêcheux, 1990) de la *lengua* al *discurso*, terreno desde el cual fuera posible dar cuenta de las cuestiones relativas al sentido en relación con las condiciones socio-históricas de producción de los discursos. Pero esto implicaba poner en cuestión la distinción saussureana entre lengua y habla, la noción de “sujeto de la enunciación” de las teorías enunciativas, los presupuestos de la retórica y la noción de “sujeto de intención” de la pragmática, para incorporar una idea de *sujeto ideológico* y de *sujeto del inconciente*.

Para Pêcheux, la “operación de exclusión” implicada en la distinción *langue/ parole* establecida por Saussure, autoriza “la reaparición triunfal del sujeto hablante como *subjetividad en acto*, unidad activa de intenciones que se realizan por los medios puestos a su disposición: todo pasa como si la lingüística científica (cuyo objeto es la lengua) liberara un residuo, que es el concepto filosófico de sujeto libre, pensado como el reverso indispensable, el correlato necesario del sistema. La *parole*, en tanto uso de la lengua, aparece como un *camino de la libertad humana*; avanzar por el extraño camino que conduce de los fonemas al discurso, implica pasar *gradatim* de la necesidad del sistema a la contingencia de la libertad” (1990: 108). Y este residuo atraviesa, para el autor, gran parte de las teorías lingüísticas, incluso aquellas que intentaban desmarcarse de Saussure: las teorías enunciativas, la retórica, la pragmática, que presuponen, cada una a su modo, un sujeto soberano que funcionaría como fuente del sentido.

Es desde este nuevo terreno teórico desde el cual Pêcheux definirá el “proceso de producción” de un discurso como “el conjunto de mecanismos formales que producen un discurso de determinado tipo, en determinadas circunstancias” (1990: 111), proceso que incluye el funcionamiento propiamente lingüístico (aquello que se produce sobre “el fondo invariante” de la lengua, como fuente de restricciones universales) y las condiciones de producción de ese discurso: “*los fenómenos lingüísticos de dimensión superior a la frase pueden efectivamente ser concebidos como un funcionamiento, pero a condición de agregar inmediatamente que ese funcionamiento no es integralmente lingüístico, en el sentido actual de ese término, y que solo puede definirse en referencia al mecanismo de emplazamiento (mise en place) de los*

protagonistas y del objeto del discurso, mecanismo que denominamos ‘condiciones de producción’ de discurso” (1990: 115).

En su crítica a la impronta “informativa” del modelo de Jakobson, Pêcheux definirá la instancia enunciativa desde la cual los protagonistas del discurso hablan como *places* situadas en una formación social, cuyos rasgos son pasibles de describirse sociológicamente. Se produce entonces un interjuego entre la *situación* (objetivamente definible) y la *posición* (las representaciones –presentación y transformación- sobre esa situación), las instancias a partir de las cuales los sujetos adoptan posiciones de subjetividad. Pero la relación entre la situación y la posición no es ni de reflejo ni de determinación última: por el contrario, las *posiciones de subjetividad* son el resultado del proceso de interpelación ideológica de acuerdo al cual el individuo, en primer lugar, se vuelve sujeto; y en segundo lugar, *se representa* su propia situación en función de la FD en que está ubicado. Si, en cambio, partiéramos de que existe una determinación total de la situación (definida topográficamente) sobre las posiciones, entonces “el AD no tendría razón de ser, no sería más que un anexo de la sociología o la historia, solo destinada a mostrar como las coyunturas se traducen en enunciados” (Maingueneau, 1987: 23). Por el contrario, la apuesta del AD consiste en afirmar que lo discursivo y lo simbólico tienen *efectos materiales* en la subjetividad.

La noción de *formación imaginaria* evita precisamente la reducción del concepto de *place* al de “abanico de rasgos objetivos” y permite pensar el modo en que los distintos roles se plasman en el proceso discursivo: “nuestra hipótesis es que esas *places* son representadas en el proceso discursivo en el que son puestas en juego. [...] lo que funciona en el proceso discursivo es una serie de formaciones imaginarias que designan el lugar que A y B se atribuyen a *sí mismo* y al *otro*. [...] en los mecanismos de toda formación social existen reglas de proyección que establecen las relaciones entre las *situaciones* (objetivamente definibles) y las *posiciones* (representaciones de esas situaciones)”³ (Pêcheux, 1990: 118).

Con el concepto de “posición” (de subjetividad), el análisis del discurso aborda desde una perspectiva materialista los (múltiples) posicionamientos definidos en y por el enunciado (las figuras discursivas, la distribución de roles, etc.), así como los cambios semánticos (que también

³ Es destacable, además, que en el esquema de las *formaciones imaginarias* propuesto por Pêcheux en 1969 se encuentra una anticipación de la noción de “punto de vista” –que designa la relación que el sujeto mantiene con el referente de su discurso-, que algunos años más tarde estará en el centro tanto de las teorías narratológicas como de la teoría argumentativa de Ducrot.

serían producto de las diferentes posiciones de quienes emplean las palabras), al mismo tiempo que refuta la premisa de la estrategia o la intención del sujeto como fuente del sentido. En la medida en que esos lugares de decir se inscriben en *formaciones discursivas* (que a su vez remiten a *formaciones ideológicas*)⁴, el sujeto no es transparente, ni unívoco, ni soberano, ni dueño absoluto de su decir: por el contrario, está doblemente determinado por el inconsciente y el interdiscurso, y por lo tanto, por su inscripción histórica e ideológica: se trata de un “efecto-sujeto” no solo determinado por la lengua (en tanto sistema autónomo), sino, sobre todo, sobredeterminado por múltiples estructuras (la económica, la ideológica, el inconsciente). En ese sentido, el sujeto del AD no es un sujeto pleno que estaría en el origen del sentido: “la teoría del discurso no es una teoría del sujeto antes de que enuncie, sino una teoría de la instancia de enunciación que es al mismo tiempo, e intrínsecamente, un efecto de enunciado” (Parret, 1983, citado en Maingueneau, 1987: 22).

En suma, como sostiene Mazière, la afirmación de un “sujeto sujetado”, hablado por su discurso, junto con el carácter histórico de los enunciados y la afirmación de la materialidad de la lengua, son los tres ejes que conforman el andamiaje teórico y epistemológico del AD. Así, uno de los gestos fundamentales del AD es el rechazo a “colocar en la fuente del enunciado un sujeto individual que sería ‘señor en su propia casa’” (2007: 9), la puesta en cuestión del carácter soberano del sujeto del discurso: “bajo la dominación de la ideología dominante y del interdiscurso, el sentido se constituye en la *formación discursiva* a espaldas de un sujeto que, ignorante de su sujetamiento por la Ideología, se cree dueño de su discurso y fuente del sentido” (Maldidier, 1992: 208). Ese cuestionamiento de la soberanía del sujeto hablante pone en el centro de la problemática teórica del AD la noción de *interdiscurso*, que, según se dirá, “tiene primacía sobre el discurso” (Maingueneau, 1987: 81).

Pero ¿cuál es el vínculo específico que el análisis del discurso mantiene con la lingüística? Se sabe que tanto a Foucault como a sus seguidores se les ha reprochado la ausencia de una teoría lingüística que articule el análisis de discursos, tal como se propone en *La arqueología del saber*, con la dimensión lingüística de los enunciados que los componen. En efecto, en un comentario sobre algunos trabajos de inspiración foucaultiana, Robin (1973) señala que los análisis de

⁴ Las *formaciones discursivas* constituyen la forma material y lingüística de las *formaciones ideológicas*, el “conjunto complejo de actitudes y representaciones que no son ni ‘individuales’ ni ‘universales’ pero remiten más o menos directamente a posiciones de clase en conflicto”, y compuestas a su vez por “una o muchas formaciones discursivas interligadas” (1990: 158).

recurrencias o categorías “temáticas” parecen insuficientes en la medida en que no atienden a la estructura sintáctica, al léxico específico, a las redes semánticas, ni a los elementos propiamente discursivos como la estructura argumental, la retórica y los mecanismos enunciativos por medio de los cuales el sujeto interviene en el discurso.

Por cierto, en *La arqueología...* Foucault se ocupa explícitamente de demarcar su práctica analítica de la práctica lingüística: en ese sentido, propone analizar *campos de acontecimientos discursivos* (definidos como conjuntos *finitos* y limitados de secuencias lingüísticas efectivamente formuladas) y los distingue explícitamente del análisis del sistema de la lengua (sistema *finito* de reglas que autorizan un número *infinito* de enunciados). Mientras el análisis del sistema de la lengua se pregunta por las reglas que rigen tal enunciado, la descripción de los acontecimientos discursivos se hace una pregunta distinta: “¿Por qué ha surgido tal enunciado y no otro en su lugar?” (Foucault, 2002: 44).

No obstante este recorte disciplinar, es necesario señalar que la práctica analítica del AD es inconcebible sin una referencia al campo lingüístico: la especificidad del AD, a diferencia de otras prácticas de análisis de textos, es “la utilización de la lingüística” (Maingueneau, 1987: 11). Sin embargo, el AD se diferencia de la lingüística en el hecho de que “la lingüística se ocupa de los sentidos estabilizados del léxico de una lengua, pasibles de diccionarización, limitándose al estudio de su sentido y su referencia, mientras el AD se interesa por las representaciones hechas por el hombre en el uso que este hace del léxico en su práctica discursiva, buscando examinar las transformaciones de sentido, así como los efectos que de allí surgen” (Indursky, 1997: 25). Así, si la primera aborda la lengua como “producto sedimentado”, el segundo la aborda en cambio como “proceso”.

Es así como Pêcheux, pero también sus seguidores, se han ocupado de mostrar cómo en algunas estructuras sintácticas y morfológicas –las relativas, las relaciones de determinación, las nominalizaciones, la autonomía, por tomar sólo algunos casos- se alojan, se encarnan y se cristalizan sentidos ideológicos que operan como evidencias “ya dichas, siempre ahí”: la noción de *preconstruido* muestra precisamente ese exacto punto de articulación entre los procesos ideológicos de construcción de evidencias y su inscripción en estructuras sintácticas de la lengua. Pero lo discursivo requiere de un tratamiento propio y específico: ni puramente lingüístico ni totalmente fuera de lo lingüístico, el discurso es el “punto de articulación de los procesos ideológicos y de los fenómenos lingüísticos” (1990: 166).

La propuesta de Pêcheux pretende ser superadora de las teorías de la enunciación, en la medida en que intenta pensar la relación enunciado/ enunciación desde el prisma de las posiciones que adopta el sujeto hablante con respecto a las representaciones de las que es soporte, representaciones que se encuentran realizadas en “preconstruidos” lingüísticamente analizables (1990: 153). Es así como en un texto de 1975 (“Mises au point...”), Pêcheux se ocupará de precisar sus elaboraciones anteriores sobre las “condiciones de producción” del discurso, en vistas a “elaborar una teoría no subjetiva de la constitución del sujeto en su situación concreta de enunciador” (1990: 164): si en 1969 el concepto de “condiciones de producción” parecía incluir tanto el de posición (las “places” en las cuales se inscribe el sujeto) como el de situación (en un sentido concreto y empírico), para dar cuenta de la relación del sujeto enunciador con su enunciado será necesario superar el “círculo del idealismo”, que supone que el sujeto está en la fuente del sentido o se identifica con ella: “la dificultad actual de las teorías de la enunciación reside en el hecho de que esas teorías reflejan a menudo la ilusión necesaria constitutiva del sujeto, es decir que se contentan con *reproducir a nivel teórico esa ilusión del sujeto*, a través de la idea de un sujeto enunciador portador de elecciones, intenciones, decisiones, etc.” (1990: 169). Pêcheux va a postular, entonces, que las referencias a la situación de enunciación que operan como punto de anclaje del sujeto (yo- aquí- ahora) solo pueden pensarse a partir de una serie de exclusiones u olvidos que sostienen la ilusión de dominio del sujeto sobre su decir: “diremos que los procesos de enunciación consisten en una serie de determinaciones sucesivas por las cuales el enunciado se constituye poco a poco, y cuya característica es establecer lo ‘dicho’ y, por lo tanto, rechazar lo ‘no-dicho’” (1990: 169). Ese efecto de ocultación parcial se denomina “olvido n°2” y consiste precisamente en el espacio (consciente-preconsciente) subjetivo de la enunciación, en el cual el sujeto vuelve permanentemente sobre su discurso, donde se producen las “estrategias discursivas”, la retórica, la ambigüedad, la “reformulación tendenciosa”: se trata, en suma, del “espacio imaginario que asegura al sujeto hablante sus desplazamientos en el interior de lo reformulable” (1990: 171), en oposición al “olvido n° 1”, zona inaccesible al sujeto y por ello constitutiva de la subjetividad, que no es otra que el interdiscurso: “esa ‘desigualdad’ entre los dos olvidos corresponde a una relación de dominancia que podemos caracterizar diciendo que ‘lo no asertado precede a lo asertado’” (1990: 172).

Desde esta perspectiva, entonces, enunciados como (3) y (4) cobran nuevos y más densos sentidos: “Patria sí, colonia no”, enunciado en una revista argentina en el año 2014 en relación

con las Islas Malvinas, a cargo de un enunciador militante que se identifica con las luchas de los jóvenes militantes de los años '70, se inscribe en una trama de discursos –anticolonialistas, nacionalistas- que constituyen su interdiscurso y su memoria discursiva, y el sujeto enunciador se configura precisamente en esa posición histórica, y se sustenta en ese dominio no dicho pero conocido. El caso de (4), en el que Chávez cita en forma directa una presunta voz opositora y cuestionadora, puede interpretarse, retomando la línea inaugurada con Pêcheux, como algo más que un simple caso de discurso referido: se trata de la emergencia de formaciones discursivas e ideológicas en tensión que atraviesan la palabra política, y desde las cuales el enunciador necesariamente habla.

El sujeto como ficción discursiva

Si en (4), vimos que la introducción de la cita directa permitía poner en escena una voz ajena que remite al interdiscurso con el que el discurso de Chávez dialoga, para la interpretación de los ejemplos (5) y (6) será necesario introducir nuevos elementos de análisis y nuevas conceptualizaciones sobre el sujeto de la enunciación, desplegados en la teoría polifónica de la enunciación propuesta por O. Ducrot.

Si inicialmente los trabajos de Ducrot predominaba la preocupación por lo “no dicho” (i.e., presupuestos, sobreentendidos, implícitos) y por la articulación entre la semántica y la pragmática, la reflexión sobre el sujeto de la enunciación tendrá una formulación acabada en los años '80, en u teoría de la polifonía enunciativa. En su célebre texto de 1984 Ducrot se propone, a la luz de la teoría bajtiniana, poner en cuestión en presupuesto, admitido por casi todas las teorías lingüísticas, de la “unicidad del sujeto hablante”, según el cual detrás de cada enunciado habría una sola persona, tomada como sujeto empírico, como autor, como responsable de los actos de habla y de la emisión de las frases, como fuente de los puntos de vista, etc. Este propósito se vincula con la impronta antireferencialista de la teoría ducrotiana, que piensa el sentido de los enunciados como una representación de la enunciación, y no como la descripción de un estado de cosas: entre las indicaciones que un enunciado aporta sobre la enunciación, se encuentra el señalamiento acerca de la configuración de los personajes que allí participan.

Para refutar el axioma de “unicidad del sujeto hablante”, Ducrot va a postular que en todo enunciado es posible identificar varios sujetos con estatus lingüísticos diferentes. La idea “sujeto

hablante” será entonces desagregada en distintas funciones o personajes: por un lado, el sujeto empírico o autor efectivo del enunciado. Por otro lado, el Locutor (L), el presunto responsable del enunciado, a quien se le atribuye la responsabilidad de la enunciación en el enunciado mismo. Es el autor inscripto en el sentido mismo del enunciado, a quien remiten las marcas de la 1era persona y aquel que es designado por ellas. Se trata de un “personaje ficticio a quien el enunciado atribuye la responsabilidad de su enunciación” (1988: 18). Por otro lado, existe el locutor λ , o locutor como-ser-en-el-mundo, la figura sobre la que L habla en tanto personaje del discurso o sujeto del enunciado. Por último, Ducrot identifica una última figura, la del enunciador, que remite a los puntos de vista o puntos de perspectiva (abstractos) sobre la situación o el objeto de discurso, que son presentados o puestos en escena por el locutor para adoptar algún tipo de actitud con respecto a ellos (identificación, adhesión, rechazo, etc.). Nos encontramos aquí con una teoría de la enunciación en la que toda subjetividad es postulada como una representación del enunciado sobre la enunciación. Es decir que aquí el sujeto es un efecto de esa representación. Y de allí surgen las figuras que esa enunciación construye: locutor, λ y enunciadores.

Hechas estas distinciones, es posible interpretar el sentido de (4) y (5): En efecto: para interpretar el enunciado (5) es imprescindible reponer un conjunto de puntos de vista, evocados de forma polifónica por la negación (“no solamente”), que el sujeto enunciador pone en escena y frente a las cuales adopta una determinada actitud enunciativa, en este caso de rechazo.

El caso de (6) es diferente, pero también presenta una configuración polifónica: en el acto de autocritica a cargo de un sujeto enunciador (el Locutor), es posible identificar un desdoblamiento enunciativo, en la medida en que el responsable de la autocritica es el locutor pero el objeto de dicha autocritica es λ , de modo tal que el primero de beneficia de criticar al segundo. Del mismo modo, también (2) puede ser abordado en clave polifónica: en efecto, el relato histórico avanza como si se tratara efectivamente de una enunciación impersonal, pero los operadores “solo” y “no... más allá” constituyen huellas de un punto de vista según el cual el “mantenimiento de las reglas de la democracia” y la “alternancia de distintos partidos en el poder” son criterios insuficientes, puntos de vista con los que el locutor se identifica.

Desde sus inicios, Ducrot se ha ocupado de delimitar criterios exclusivamente intra-lingüísticos para dar cuenta del sentido lingüístico. Ese recorte disciplinario ha despertado no pocas críticas,

especialmente desde el campo del análisis del discurso, concernientes al vínculo que la TPE mantiene con lo “extralingüístico” (el sujeto, la historia y lo político-ideológico). En efecto, el modelo teórico de Ducrot excluye de cuajo toda categoría de sujeto de la enunciación con anclaje histórico: si la noción de *sujeto empírico* (SE, el ser físico que articula palabras) no se incluye en la definición de enunciación propuesta por Ducrot, las únicas categorías lingüísticas que participan del acto enunciativo el Locutor y los enunciadore, instancias puramente discursivas. Así, según esta teoría que define la enunciación como “el acontecimiento [histórico] constituido por la aparición de un enunciado”, y como “la aparición momentánea” que da existencia a “algo que no existía antes de que se hablara y que no existirá después” (1984: 179), la noción de sujeto empírico carece de relevancia teórica:

El concepto de enunciación del que me voy a servir no tiene nada de psicológico, no implica siquiera que el enunciado sea producido por un sujeto hablante. [...] Doy, en efecto, a ese concepto una función puramente semántica. Para ello, pido solamente que se me conceda que existen enunciados que se producen (Ducrot, 1980: 34).

La determinación del SE no es un problema lingüístico [...]. [Lo que me] interesa es lo que está en el enunciado y no las condiciones externas de su producción (Ducrot, 1988: 17).

Según algunos de sus críticos, esta noción de sujeto de la enunciación tiene, por un lado, una fuerte impronta “estructuralista” que, ocupada en describir la lengua como un sistema “cerrado sobre sí mismo” (Authier-Revuz, 1995: 60), rechaza aquello que le es heterogéneo y elide así la dimensión histórica, ideológica e inconsciente constitutiva del sistema lingüístico y de la subjetividad que lo habita. Otros autores, como Bres (2005), cuestionan la impronta fuertemente “pragmática” de la teoría de Ducrot, en tanto el locutor aparece como un “estratega” o un sujeto intencional que moviliza y “pone en escena” voces y puntos de vista con fines argumentativos, y que parece ignorar aquellos discursos que lo atraviesan a su pesar.

¿Cómo pensar el estatus del sujeto escapando a las determinaciones de una estructura pretendidamente cerrada y a las acepciones psicologistas e intencionalistas de la pragmática, conservando la matriz antireferencialista y recuperando a la vez la impronta histórica, política e ideológica propia de todo acontecimiento enunciativo? Como hemos señalado en otros trabajos (Montero, 2012a; 2012b), a pesar de lo que parece un déficit teórico, la teoría ducrotiana

constituye un campo fértil para pensar los procesos de significación y de constitución de los sentidos políticos. Y ello, por dos razones:

(i) Por un lado, la impronta acontecimental de la enunciación. Si para Ducrot la enunciación es el “acontecimiento [histórico] constituido por la aparición de un enunciado” (1984: 179) esta puede pensarse, entonces, como una instancia indeterminada y contingente, que, al igual que el acontecimiento político, instaaura y funda sentidos políticos, y, en esa medida, tiene una capacidad instituyente. Podemos decir entonces, extremando los argumentos, que el acontecimiento enunciativo es fundamentalmente político⁵.

Ahora bien, es dable pensar que si ese “acontecimiento” puede producirse, es porque este sucede en un terreno que no está totalmente saturado ni pleno, sino que tiene grietas. Declarado estructuralista, Ducrot no parece tomar partido en el debate sobre el carácter fallado de la estructura que atravesó al estructuralismo durante los años ‘70: de hecho, sus análisis se ciñen a un orden puramente lingüístico sin hacer interceder ningún tipo de “heterogeneidad”. Sin embargo, hay elementos que habilitan una lectura superadora del enfoque estrictamente estructuralista. En efecto, tanto la concepción polifónica del sentido como la teoría de los *topoi* introducen grietas en la estructura: los discursos están inherentemente atravesados por lo “otro” (voces, discursos o “puntos de vista” evocados). El sentido no brota, entonces, de una fuente única y homogénea sino de una superposición de voces, discursos y puntos de vista. De modo que, a pesar del esfuerzo de Ducrot por pensar el sistema de la lengua como impermeable al mundo exterior, ella está permanentemente “asediada” por la ideología y el interdiscurso, materializados en forma de discursos argumentativos o *topoi*.

De modo que, la categoría de subjetividad en Ducrot está atravesada por una tensión entre el componente estructural y el acontecimental (o pragmático, en un sentido no “jurídicamente realista”). Por un lado, el locutor sólo puede hablar en y desde la lengua; por otro lado, es un efecto del acontecimiento enunciativo, de allí que no haya subjetividad que preexista al discurso, ésta se constituye en la enunciación. Desde esta óptica, puede decirse que en Ducrot el sujeto emerge de esa tensión entre la estructura y el acontecimiento.

⁵ Al respecto, recordemos que en *Dire et ne pas dire* la enunciación es definida como la “actividad de aquel que habla en el momento en que habla” (Guimares, 2005: 56), es decir, como un acto, que a su vez tiene la forma de un “acto jurídico” con la capacidad de transformar la realidad, y que aunque esta acepción será luego reemplazada por la de acontecimiento, algo de su pretensión transformadora permanece.

Esta doble inscripción del sujeto implica que, por un lado, el locutor (en tanto instancia discursiva) está restringido, condicionado y limitado por la lengua, el sistema de regularidades que estructuran y organizan el decir. Como sostiene Ducrot mediante una analogía con la parábola de la caverna de Platón, al hablar nos situamos, inevitable y necesariamente, en las estructuras del lenguaje:

Para mí, nuestra caverna es el lenguaje. Estamos obligados a utilizarlo, y a causa de esto [...] sólo podemos tener puntos de vista argumentativos, sólo podemos evocar topoï. Una de las consecuencias de la delocutividad es que confundimos esos puntos de vista, esa evocación de topoï, con proposiciones susceptibles de verdad o falsedad. Como los prisioneros, las tomamos como si fueran la realidad, o al menos como hipótesis sobre la realidad (Ducrot, 1988a: 170).

Pero por otro lado, por el carácter impredecible e histórico del acontecimiento enunciativo; y por la impronta ideológica, cultural e histórica de los *topoï* evocados, el locutor se inscribe inevitablemente en un marco ideológico y *dóxico*, un terreno de opciones argumentativas, un abanico de posibles posicionamientos y puntos de vista argumentativos que son también político-ideológicos⁶.

En tanto “efecto” que surge de la tensión entre la estructura y el acontecimiento, el sujeto sería un efecto que funciona, siguiendo las palabras de Ducrot en su polémica con Henry (1977), como una “ilusión”, que por otra parte es una “ilusión necesaria” en virtud del carácter imperfecto de esa herramienta que es la lengua. Allí, aunque Ducrot responde a las objeciones de Henry mediante un gesto que reafirma la autonomía disciplinar de la lingüística “tradicional” frente a otras disciplinas, reconoce que, mientras esta se ocupa de las representaciones, los procesos interpretativos que permiten explicar los sentidos posibles de un enunciado, también es posible –y esa es la tarea del análisis del discurso- determinar

un sentido verdadero, engendrado por la situación real, ‘material’ del locutor –sentido que él conoce tan poco como esa situación. Se considerará entonces una ilusión la eventualidad de que el locutor sea sujeto. Se podrá además buscar demostrar –como lo hace Paul Henry, lo que vuelve su trabajo apasionante– que esa ilusión es inevitable. Sería una necesidad consustancial a la lengua, en la medida en que ella se representa a sí misma como una herramienta de

⁶ Esta tensión también está presente en la noción de “autonomía relativa de la lengua” acuñada por Pêcheux: “Postulamos que todo discurso ‘concreto’ está doblemente determinado, por un lado, por las formaciones ideológicas que relacionan ese discurso con formaciones discursivas definidas, por otro lado, por la autonomía relativa de la lengua, pero postulamos que no es posible trazar a priori una línea de demarcación entre una u otra de esas determinaciones” (Henry, 1977: 90).

comunicación que permite a los sujetos, concientes de su pensamiento, hacerla conocer. Y Paul Henry hace ver que se trata, o más bien, que se trataría, de una herramienta imperfecta (Ducrot, 1977: 202-203).

Bibliografía

- Austin, J. (2003): *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós.
- Benveniste, E. (1966) : *Problèmes de linguistique générale I*, París, Gallimard.
- Bres, J. (2005) : “Savoir de quoi on parle: dialogue, dialogal, dialogique; dialogisme, polyphonie”, en Bres, J. (dir.) y otros, *Actes du Colloque de Cerisy: Dialogisme et polyphonie. Approches linguistiques*, Bruselas, De Boeck-Duculot.
- Ducrot, O. (1972) : *Dire et ne pas dire. Principes de sémantique linguistique*, París, Hermann.
- Ducrot, O. (1977) : “Note sur la présupposition et le sens littéral”, Postface à Henry, P., *Le mauvais outil*, París, Klincksieck.
- Ducrot, O. (1980) : *Les mots du discours*, París, Minuit.
- Ducrot, O. (1984) : *Le dire et le dit*, París, Minuit.
- Ducrot, O. (1988): *Polifonía y argumentación*, Cali, Universidad de Cali.
- García Negroni, M.M. (2009): “Dialogismo y polifonía enunciativa. Apuntes para una reelaboración de la distinción discurso / historia”, en *Páginas de Guarda 7*.
- Henry, P. (1977) : *Le mauvais outil*, París, Klincksieck.
- Mainueneau, D. (1987) : *Nouvelles tendances en analyse du discours*, París, Hachette.
- Mazière, F. (2007). *L'analyse du discours: histoire et pratiques*. París: PUF.
- Montero, A.S. (2012a): “¡Y al final un día volvimos!”. *Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista*, Buenos Aires, Prometeo.
- Montero, A.S. (2012b): “Significantes vacíos y disputas por el sentido en el discurso político: un enfoque argumentativo”, Nueva Revista Identidades 03, Revista del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia, UNPSJB, Argentina, pp. 1-25.
- Pêcheux, M. (1990) : *L'inquiétude du discours. Textes choisis et présentés par D. Maldidier*, París, des Cendres.
- Robin, R. (1973). *Histoire et linguistique*. París: Armand Colin.